y la conservan en su corazón. » Y de estas otras de David : « Escondí tus palabras en mi corazón para no pecar, para resistir á las tentaciones, para animarme á la virtud y perfección [1].» ¡ Cuántas veces, en efecto, el recuerdo de lo que hemos oido en los sermones, y los sentimientos que en ellos el Señor nos ha inspirado, nos llenan de valor y fuerza en el combate, haciéndonos triunfar de todos nuestros enemigos! No dejemos, pues, que las aves del cielo, los demonios, nos roben la buena semilla que el Señor ha sembrado en nuestros corazones por medio de su divina palabra.

1 Luc., VIII. — Psalm. CXVIII.

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

CAPITULO PRIMERO

Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias.— Medios para esto.— Males que deben evitarse.

§ I

Lo que es bueno y justo, — dice el Señor — hacedlo bien [1]. » Todo nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como El quiere que lo hagamos. Lo primero lo tenemos en cumplir la ley de Dios y de la Iglesia y las obligaciones de nuestro estado, y lo segundo en cumplir bien esas obligaciones, porque de esta manera quiere Dios que las cumplamos; esto es, en hacer, por ejemplo, la oración bien hecha, nuestro examen con recogimiento; en oir la Misa ó decirla como

1 *Deut.*, XVI, 10.

debemos; en rezar el Oficio, el Rosario y las otras oraciones con reverencia y atención; en ejercitarnos en la mortificación y penitencia, y en cumplir nuestros deberes con exactitud. Si hacemos estas obras con perfección, seremos perfectos; y si no las hacemos así, seremos imperfectos; pues hay muchos que sobre el fundamento de la fe ponen heno y paja, trabajando por vanidad, por respetos humanos ó por agradar á los hombres; todo lo cual evitaremos procurando edificar con oro y plata y piedras preciosas, esto es, con buenas obras bien ejecutadas.

2. Para animarnos á esto reflexionemos que para ser perfectos no se nos piden cosas extraordinarias y de gran trabajo, como ayunar á pan y agua, disciplinarnos diariamente, andar siempre ceñidos de cilicio, sino que hagamos bien las obras que ejecutamos diariamente. « Este mandamiento que yo te intimo, — decía el Señor á su pueblo en otro tiempo, — no está sobre ti ni lejos de tu alcance; no está en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿ Quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos lo traiga, y lo oigamos y pongamos por obra? Ni está en la otra parte del mar para que te excuses y digas: ¿ Quién de nosotros podrá atravesar los mares y traerlo de allá para que podamos oir y hacer lo que se nos manda? Este mandamiento está muy cerca de ti. Está en tu

boca y en tu corazón, para que lo cumplas [1].»

3. «Los griegos—decía San Antonio Abad—para aprender Filosofía hacen grandes jornadas y navegaciones; mas nosotros para alcanzar la perfección no tenemos que salir ni aun de casa, pues está en ejecutar bien las obras ordinarias y que hacemos diariamente.»

4. Esta facilidad para adquirir la virtud, que tanto debe animarnos, aumenta con la costumbre de hacer bien todas nuestras obras, porque semejante costumbre quita la dificultad que al principio tenemos en ellas, hallando después en las mismas alegría y consuelo. Cuando hayamos entrado en el camino de la justicia no se verán nuestros pies en caminos estrechos, ni hallaremos tropiezos en nuestras sendas [2]. Cierto es que toda disciplina y todo buen ejercicio por de pronto parece que no trae gozo, sino pena; empero después, con el uso, no sólo se hace fácil, sino muy suave y gustosa [3]. David no podía pelear con las armas de Saúl, porque no tenía costumbre; mas después que la adquirió, peleaba muy bien con armas como aquéllas; así nosotros tendremos dificultad á los principios; pero después, el mismo ejercicio de la virtud nos hará su práctica muy fácil y agradable.

1 *Deut.*, XXX, 11 et seq.
2 *Prov.*, IV.
3 Hebr., XII, 11.

5. Mas ¿cuáles son los medios de que podemos servirnos para hacer con perfección las obras ordinarias de la vida? He aquí los principales.

6. Primero, hacerlas puramente por Dios. Procuraremos que nuestra intención sea recta, no haciendo nada por vanidad, amor propio, respeto humano ú otros fines semejantes. Y no nos ha de bastar la buena intención, sino que es necesario al practicarlas hacer todo lo que está de nuestra parte á fin de que salgan bien hechas.

7. Segundo. Procuremos conservarnos en la presencia de Dios, pues semejante pensamiento mantendrá en nosotros el respeto y la atención, disipará nuestra tibieza y excitará en el alma grandes afectos de devoción y piedad; estaremos sobre nosotros mismos para no faltar en lo más mínimo, y como aquellos animales misteriosos del *Apocalipsis* que estaban llenos de ojos, examinaremos nuestras intenciones, palabras, obras y toda nuestra conducta para no desagradar á nuestro Dios.

8. Tercero. Pensemos que la obra que ejecutamos al presente es la única que entonces tenemos que hacer. ¿Quién va tras de nosotros? En la oración no pensemos en el estudio, ni en el oficio, ni en el negocio, pues todas las cosas tienen su tiempo. Mientras los sacerdotes paganos sacrificaban, un pregonero les decía en alta

voz: *Hoc age, hoc age:* haz lo que haces, atiende á lo que haces. Así nosotros procuremos estar enteramente en lo que hacemos, dejando todo lo demás y poniendo todo cuidado en hacer bien lo que tenemos entre manos.

9. Pensemos que la obra que estamos haciendo es la última de nuestra vida. Este es el cuarto medio que nos ayudará á la perfección de nuestras obras. «Así te has de ordenar en todo como si luego hubieses de morir, — dice el autor de la *Imitación*. — Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche; y cuando de noche, no oses prometerte la mañana, porque muchos mueren de repente.» ¡Qué oración tan fervorosa sería la nuestra si supiéramos que había de ser la última! Pues reflexionemos que ignoramos la hora de nuestra muerte, y que la muerte vendrá, como viene el ladrón, de noche; el ladrón no avisa: antes aguarda á que todos estén descuidados y aun dormidos. Es por lo mismo indispensable en todas nuestras obras pensar en la muerte para que ésta no nos halle prevenidos, y su temor nos haga diligentes y perfectos en todo.

10. Si pensásemos que habíamos de durar muchos años mortificando siempre nuestras pasiones, negando nuestro gusto, quebrantando nuestra voluntad en todas las cosas y teniendo que guardar por largos años la modestia y el recogimiento, se nos haría muy penoso el ca-

mino de la virtud y sentiríamos que el corazón desfallecía; para evitar tan gran inconveniente no pensemos en el día de mañana, sino solamente en el de hoy; en este día, podemos decirnos á nosotros mismos, en este día tengo que reprimir mis pasiones y servir á Dios con toda exactitud; hoy tendré paciencia, andaré con modestia y vigilancia sobre mí mismo. Por un día, ¿quién no se animará á vivir bien y á procurar que todas sus obras sean bien hechas? Y esto mismo diremos todos los días de nuestra vida.

§ II

11. Lo dicho hasta aquí nos manifiesta que habiendo emprendido el camino de la virtud es sobremanera importante evitar la tibieza, procurando mantenernos en el fervor primitivo, pues de lo contrario muy grandes serían nuestras pérdidas y muy difícil nos sería después repararlas. Y por esto también debemos procurar desde el mismo principio de nuestra conversión servir á Dios con todo fervor y diligencia, pues de esta suerte evitaremos con más facilidad desfallecer en la virtud. La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, ésa misma seguirá también cuando sea ya viejo [1].

1 *Prov.*, XXII, 6.

Si en los primeros días de nuestra conversión hemos sido fervorosos y en todo cumplidos, así seguiremos en los demás; y, por el contrario, si la tibieza y el descuido se han apoderado desde luego de nosotros, seremos siempre tibios y descuidados en el divino servicio; semejante tibieza y descuido son indicios manifiestos de caídas venideras.

12. El fervor desde los primeros días de nuestra conversión trae consigo otra ventaja, y es que aquellos días constituyen el tiempo en que podemos allegar grandes ganancias para nuestras almas: son la juventud, la primavera de la vida espiritual; y si entonces no procuramos juntar las verdaderas riquezas de las buenas obras, ¿cómo las juntaremos en la vejez [1]?

13. Después de los medios para hacer con perfección las obras ordinarias de la vida, señalaremos los males que debemos huir, y que las harían muy defectuosas y culpables.

14. Evitemos con gran diligencia en nuestras buenas obras la vanagloria, porque este vicio es un ladrón muy astuto, que entra con disimulo, y muchas veces nos roba y despoja casi sin nosotros sentirlo.

15. Consiste la malicia de este vicio en que el hombre se quiere alzar con la gloria y honra propias de Dios, pervirtiendo el orden que el

1 *Eccl.*, XXV, 5.

mismo Dios puso en las buenas obras, ó sea queriendo y procurando el hombre para sí el honor, la gloria y alabanza que pertenecen á Dios.

16. Se conocerá más bien la malicia de la vanagloria con esta comparación: si una mujer casada se compusiese y adornase para agradar á otro que no sea su marido, le haría á éste una injuria muy grave. Ahora bien: las buenas obras son los adornos y la compostura de nuestra alma, que es la esposa de Dios; y por lo mismo, si las practicamos por agradar á otro que no sea el Señor, haremos á su divina Majestad una injuria muy indigna de nosotros y muy sensible al Señor.

17. ¿Y qué diríamos de un vasallo que quisiera gloriarse y ser elogiado por algún pequeño trabajo emprendido por su rey, el cual hubiera antes sufrido por aquel vasallo grandes afrentas y fatigas, y más todavía si el rey le hubiera ayudado con su favor y animado con sus promesas? Pues apliquémonos todo esto para no envanecernos por nuestras buenas obras, sino antes para humillarnos y confundirnos, porque es vergüenza lo poco bueno que hacemos comparado con lo que ha hecho Dios por nosotros.

CAPÍTULO II

Daños de la vanagloria, y sus remedios.

§ I

MIRAD no hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos y alabados de ellos, pues de esta manera no tendréis premio ninguno en los cielos. No seáis como los hipócritas, que todo lo hacen por ser vistos y alabados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su premio [1]. Estas palabras del divino Maestro nos descubren la insensatez y miseria de los que trabajan por obtener las alabanzas humanas.

2. Tres son los daños principales que causa en nosotros el vicio de la vanagloria. El primero es cansar y afligir nuestro cuerpo con trabajos y buenas obras; el segundo hacernos perder el mérito de esas obras y trabajos. Semejante al corsario que roba la nave que sale del puerto cargada de ricas mercancías, la vanagloria nos despoja de las riquezas de las buenas obras, robándonos el premio que sin ella hubieran alcanzado.

3. El tercer daño de la vanagloria es que por

1 Matth., VI.

ella el bien se convierte en mal, y la virtud en vicio por el fin vano y malo que nos proponemos, recogiendo de esta suerte de la buena semilla sólo abrojos y espinas. Pero este vicio entra en nuestro corazón con tanta suavidad que no sólo no sentimos perder lo que perdemos, sino que estamos muy contentos y como encantados por el gran deseo de obtener las alabanzas de los hombres. Es la vanagloria un enemigo muy amable; pero con todo, sus heridas llegan hasta el corazón, y por lo mismo debemos huirla con toda diligencia, y tanto más cuanto que ella sabe acometer, no sólo á los que comienzan, sino también á los que van muy adelante en la virtud, pues á estos últimos los halaga diciéndoles que ya han llorado mucho sus pecados, y que sus buenas obras les están adquiriendo un tesoro de gracias y divinas bendiciones, con lo cual les hace perder la humildad y el bien que hayan obrado.

4. Tanto más debemos temer la vanagloria cuanto seamos superiores á nuestros hermanos por los distintos cargos que nos hubiere confiado el Señor; y así, para evitar los daños de este vicio en todo lo que hagamos por Dios, imitemos la conducta de Joab, quien estando para tomar la ciudad de Rabat, envió á decir á David que juntase el resto del pueblo y pusiese sitio á aquella ciudad y la tomase, añadiendo: «No sea que después de haber destruído yo la ciudad se atribuya á mi nombre la victoria [1].» Así nosotros demos al Señor la gloria en todas nuestras obras, aun las más pequeñas, para que esto nos facilite hacer lo mismo en las mayores.

5. He aquí los principales remedios contra este detestable vicio. Consideremos con detenimiento que la estimación de los hombres es un poco de viento y vanidad. Ni sus alabanzas nos hacen mejores, ni sus desprecios rebajan nuestro mérito. Nada somos, en verdad, sino lo que somos delante de Dios. Ni hay que incomodarse y perder la paz si dicen mal de nosotros; porque si es cierto lo que hablan, no es mucho que se atrevan á decir lo que nosotros nos atrevimos hacer; y si es falso, el sufrimiento y la paciencia curarán la oculta soberbia que acaso tengamos.

6. Evitemos con mucho cuidado elogiarnos á nosotros mismos, y guardemos cuanto sea posible el más inviolable secreto en las buenas obras que practicamos, pues el Señor nos dijo: «Cuando hubieres de orar entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora en silencio á tu Padre; y tu Padre, que ve lo más secreto, te premiará [2].» La misma reserva debemos tener en cuanto á la limosna, el ayuno y demás obras de piedad y penitencia. El rey Ezequías enseñó

---

1 *Reg.*, XXII, 28.
2 Matth., VI, 6.

todos sus tesoros á los enviados del rey de Babilonia, después de lo cual Isaías le dijo: «Vendrán días en que todas las cosas que hay en tu casa, y que han atesorado tus padres hasta este día, serán transportadas á Babilonia; no quedará cosa alguna [1].» Ocultemos, pues, nuestros tesoros espirituales en la humildad y el secreto para tenerlos en lugar seguro.

7. San Hilarión, viendo que todos le estimaban por los milagros que hacía, andaba muy triste, pareciéndole que Dios premiaba todas sus obras en esta vida con la estimación de los hombres. He aquí otro remedio muy bueno de que podemos servirnos contra la vanidad: no queramos ni procuremos ser estimados de los hombres, no sea que Dios nos pague aquí lo que hayamos hecho por servirle, y que algún día se nos diga: «Hijo, acuérdate que recibiste bienes en tu vida.»

§ II

8. Si en nuestras obras, después de haber rectificado la intención y levantado el corazón á Dios, ofreciendo y dirigiendo á su divina Majestad todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, viene la vanagloria, digámosle: «Tarde llegaste, que ya todo está dado al Señor.» Y también: «Ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré»; pues las buenas obras no se han de omitir por temor de este vicio, sino que es necesario mirarlo con desprecio.

1 IV *Reg.*, XX.

9. He aquí, finalmente, otro medio para evitar la vanagloria: nuestro propio conocimiento. Procuremos conocernos á fondo, y descubriremos en nosotros un abismo profundísimo de miserias y debilidades; veamos la multitud y gravedad de nuestros pecados; examinemos nuestras buenas obras, y aun en éstas hallaremos muchas faltas. ¿De qué, pues, nos viene la vanagloria? Abracemos más bien la confusión y la vergüenza, y humillemos con sinceridad nuestro espíritu delante del Señor.

10. Pero hagamos por destruir aquel vicio en su mismo principio, lo cual obtendremos mediante la rectitud y pureza de nuestra intención. Al levantarnos por la mañana hemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, pidiéndole que todo sea para honra y gloria suya. Renovemos esta intención al principio de cada una de nuestras obras. El albañil que levanta una pared, echa la plomada á cada piedra ó ladrillo que sienta, y la vuelve á echar una y otra vez hasta que las piedras quedan bien sentadas. Así nosotros, en cada obra que hagamos y mientras ésta dure, refiramos una y otra vez nuestra intención á

Dios, diciéndole: «Señor mío, lo hago por Vos, porque Vos me lo mandáis y lo queréis, y lo ofrezco á vuestra mayor gloria y al cumplimiento de vuestra santa voluntad.»

11. Para obtener esta rectitud y pureza de intención pongamos los ojos, no en la misma obra que hacemos, sino en cumplir la voluntad de Dios, porque todas nuestras buenas obras deben tener ese fin: la voluntad de nuestro Padre celestial y su divina gloria.

12. Fatigado Jesucristo del camino, se sentó junto al pozo de Jacob, y viniendo sus discípulos le ofrecían de comer, y el Señor les contestó: «Yo tengo un manjar que comer que vosotros no sabéis... Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió.» He aquí también cuál ha de ser nuestro manjar en todo lo que hagamos, al cumplir nuestro oficio, en el estudio, en el trabajo y en el descanso. Y nuestro contento y alegría serán porque cumplimos entonces la voluntad de Dios. Y debemos practicar de tal manera nuestras obras que estemos en ellas actualmente amando á Dios y gozándonos en cumplir su santa voluntad. ¡Oh, si llegásemos á practicarlas de esta suerte! ¡Oh, si descubriésemos este tesoro escondido, cuán espirituales é interiores y aprovechados seríamos!

13. Procuremos por lo mismo en todas las obras conservar este espíritu y esta rectitud

de intención. Quebremos la nuez, que no se come lo de fuera, sino lo de dentro; no parando en lo exterior de la obra, que eso sería quebrantar el cuerpo y secar el espíritu, sino penetremos en su interior; que los que tratan de espíritu y de oración tienen mucho cuidado en ocuparse en las obras exteriores, de tal manera que no ahoguen el espíritu ni apaguen la devoción. Así Santa Catalina de Sena, á quien sus padres no concedían un lugar apartado en su casa para que se recogiese, sino antes bien la cargaban de trabajos y todo el día la tenían ocupada, por medio de ese espíritu de recogimiento, y viendo á Dios en todas sus obras, adquirió una santidad eminente; abrió en su propio corazón una estancia secreta donde siempre vivía con su amado Jesús. Pues hagámoslo así nosotros, y los trabajos y ocupaciones exteriores, en vez de disiparnos, nos ayudarán para andar muy recogidos.

14. De esta manera nuestras obras serán llenas delante de Dios y no vacías, como son las de aquellos que no piensan en cumplir la voluntad divina.

15. Declarando más en particular cuál debe ser la rectitud de intención, decimos que es necesario poner principalmente nuestra mira, no en el fruto ó resultado de lo que hacemos, sino en cumplir lo que Dios quiere de nosotros. Plantar y regar, esto es, trabajar por Dios,

es lo que nos toca, y al Señor dar el incremento.

16. Los ángeles de la guarda avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno; pero si los que les están encomendados usan mal de su libertad y se pierden, aquellos ángeles no se afligen ni entristecen, ni pierden la dicha que gozan en Dios; así nosotros, habiendo cumplido nuestras obras, si éstas no tienen resultado, conservemos empero la paz y el gozo en el Señor. Su divina Majestad no nos pedirá cuenta del fruto que hayamos ó no alcanzado, sino del cumplimiento de su voluntad, y nos premiará según nuestro trabajo y la grandeza y sinceridad de nuestro amor.

17. Pero ¿en qué conoceremos que obramos puramente por Dios? He aquí algunas señales para esto. Si nos alegramos igualmente de la gloria de Dios, ya sea que ésta se obtenga por nosotros mismos ó por nuestros prójimos, muy buena señal tenemos de la pureza de nuestra intención. A Josué, que quería resistir á unos que profetizaban, le dijo Moisés: « ¿Qué celos son ésos? Pluguiese á Dios que todos fuesen profetas [1].» Y cuando Juan dijo á su divino Maestro que habían visto á uno que lanzaba á los demonios en el nombre del Señor y se lo habían prohibido, Jesús dijo que no se lo prohibieran [1]. Y San Pablo nos dijo también que algunos predicaban á Cristo por espíritu de envidia, mientras otros lo hacían con buena intención, y añadió: « Mas ¿qué importa? Con tal que de cualquier modo sea Cristo anunciado, en esto me gozo y siempre me gozaré. »

1 *Num.*, XI.

18. Aun en nuestro aprovechamiento personal tiene lugar esta regla, pues no hay que entristecernos porque otros nos aventajen en la virtud; porque si bien es cierto que debemos tener gran dolor por no servir á nuestro Dios como corresponde, no hay para qué dar lugar á una envidia secreta por la virtud de los otros, sino antes debemos gozarnos en que ellos sirvan de veras al Señor.

19. Cuando recibimos con el mismo agrado las ocupaciones y negocios que nos manda la divina Providencia, ya sean aquéllas humildes ó elevadas, y los negocios de grande ó de importancia, eso nos descubre que trabajamos verdaderamente por Dios. « Si Dios fuese la causa de nuestro deseo, — dice el libro de la *Imitación*, — nos alegraríamos de cualquier manera que su divina Majestad lo ordenase.»

20. La rectitud y pureza de intención tiene diferentes grados. El primero es obrar bien por el temor de Dios, recordando la severidad de sus juicios y la eternidad de las penas del infierno.

1 Lucas, IX.

El segundo consiste en servir á su divina Majestad por la esperanza de la gloria. « Incliné mi corazón, — decía David, — á cumplir tu santa ley por el premio que me tienes prometido. » El tercer grado está puesto en servir á Dios por sí mismo, por ser quien es, infinita bondad, y este grado es muy superior y diferente de los anteriores, como es diferente el servicio del esclavo, del del criado y del del hijo; pues el primero sirve por miedo del castigo, el segundo por la paga, y el tercero por puro amor. Y ya que el Señor nos ha hecho hijos suyos, amémosle y sirvámosle como hijos, por puro amor, por dar contento á nuestro Padre celestial, y no por el premio; pues si supiésemos qué bien tan grande es agradarle, ya no buscaríamos otro galardón; porque ¿cuál puede haber comparable con servirle y agradarle? Y si Dios nos amó sin interés y tan á costa suya, pues que murió por darnos vida, amémosle también así nosotros, y deseemos las virtudes y dones sobrenaturales, no tanto por nuestro provecho, como por tener con qué agradarle más y más, y aun la misma gloria debemos desearla, finalmente, por glorificar á Dios.

21. Un santo que hacía mucha oración y penitencia, fué tentado por el diablo, el cual le dijo que no se salvaría, y que por lo mismo era inútil que se fatigara tanto; mas aquél le respondió: « Yo no sirvo á Dios por la gloria, sino por ser quien es, bondad infinita. »

22. Aunque este servicio de amor no se hace por el premio, no por esto lo habremos de perder; antes bien será el premio tanto mayor cuanto menos se piense en él, porque entonces serán más perfectas nuestras obras, pues están desnudas de todo interés, y Dios nos pagará como á hijos que heredan los tesoros de su padre.

23. Procuremos buscar solamente la gloria de Dios, y olvidando todo lo demás tengamos todo nuestro gozo en cumplir su santa voluntad; porque si aún tenemos alegría y consuelo en alguna criatura, no es del todo puro nuestro amor. Y olvidemos, no sólo las cosas exteriores, sino también á nosotros mismos, amándonos por Dios, en Dios y para Dios, y de tal manera que no tanto atendamos á que Dios se agrada de nosotros, como á nosotros agradarle y darle gloria en todas nuestras obras; y así como una gota de agua puesta en un barril de vino pierde todas sus propiedades, y como el hierro encendido y hecho ascua en la fragua no parece sino fuego, y como el aire con los rayos del sol queda iluminado, así procuremos nosotros transformarnos en Dios. Y si bien acá en la vida no es dable llegar á tanta perfección, pensemos no obstante en ésta, procurando adelantar más y más en la virtud, yendo de claridad en claridad, llevados del Espíritu divino, con alegre y esforzado aliento.